

# EL DOCTOR FLEMING EN ESPAÑA

**E**N esta época del mundo en que vivimos, donde se han desatado los ánimos en ansias de muerte y destrucción, por un lado, o en un desopilado afán de banquetes y homenajes, no siempre merecidos, por otro, ha cruzado por nuestro suelo un vaho de verdad, de autenticidad, que nos ha proporcionado respiro a pleno pulmón para una temporada. Haciendo la guerra a ese instante de insensatez e irresponsabilidad universal que dejamos señalado, ha pasado por España el doctor Alexander Fleming. Y ha pasado con los únicos bagajes necesarios para esta batalla por él emprendida: su ciencia al servicio de la vida y una naturalidad—no humildad—magnífica, sólo digna del hombre que se sabe estar en el camino de cumplir con su deber, con el deber que a todos exige su profesión.

Por eso, ante la serie de homenajes y atenciones recibidas, el gesto que hemos visto constantemente en Fleming ha sido el de estar un poco asombrado, como si preguntara al mundo si cuando un cerrajero acaba una cerradura—que no ha hecho otra cosa que cumplir con lo que su oficio le reclama—o un mueblista un sofá, se le rinde idéntica pleitesía.

—Yo no he hecho otra cosa que tratar de ponerme en el camino de mi deber—ha repetido muchas veces durante su estancia entre nosotros.

Con esa sencillez—si se quiere, humildad—, el doctor Fleming abofeteaba a tanto pavo real como hoy anda por el mundo en todos los órdenes sociales. Y eso que él tan fácilmente llama su «deber» es nada menos que tener en su haber millones de vidas humanas arrebatadas a la muerte.

Pero hablemos de su viaje a España. Teníamos noticias de él por el Presidente del Ateneo de Madrid, que cuando el pasado año invitó al doctor Fleming para que viniera a dar una conferencia en dicho centro, recibió una carta—cuyos términos ya retrataban esta sencillez que hemos podido comprobar ahora—anunciando la imposibilidad en que se hallaba entonces, pues a pesar de que venir a nuestra patria era uno de sus sueños más acariciados, hasta el presente año no le sería factible realizar el viaje. Y así ha sido. En los primeros días del mes de junio el doctor Alexander Fleming llegaba a Barcelona, donde era recibido de una manera apoteósica; con el entusiasmo y el fervor que saben poner las gentes de España ante lo verdadero.

Llegaba Fleming de recorrer otros países de Europa; de un mundo que, tal vez por estar aún sangrantes muchas de sus heridas, por tener una urgente necesidad de vivir, estuvo un poco frío con él; con este hombre que precisamente era el que más había coadyuvado a que sus heridas sanasen y a dotarles de vida para poder rehacerse. En todas partes recibió homenajes y distinciones académicas... Pero nada más. Por eso fué su enorme sorpresa al encontrarse a todo un pueblo entusiasmado que le aclamaba por las calles. Y ésa, según expresión suya, es la mejor condecoración recibida en su vida. El, hombre de laboratorio, de silencioso apartamiento, de constante laborar en su retiro, no concebía que su tarea hubiera llegado al corazón de lo popular, y que precisamente fuera en España (¡Cuántas veces no habría oído que íbamos poco menos que con taparrabos a los propagandistas de la anti-España!) donde el pueblo se mostraba conocedor de su personalidad y de

los descubrimientos por él realizados. De esta forma se le descubrió España al doctor Fleming, y desde aquel día puso el signo de admiración a todas sus conversaciones.

En la Academia de Medicina de Barcelona dió su primera conferencia—«Historia de la penicilina»—el mismo día y en el mismo acto en que se le entregaba el título de Académico de Honor y se le imponía una medalla conmemorativa. Ese mismo día recibió la comunicación de que la Universidad de Madrid le nombraba doctor «honoris causa», lo cual dió lugar a una de las anécdotas que mejor retratan el carácter de este hombre universal: Al solicitar la medida de sus anillos—para encargarle en Madrid el que se concede a los doctores—, con la mayor naturalidad pidió un pedazo de alambre para tomarse la medida del dedo, porque él «jamás había utilizado sortijas o anillos». Naturalmente, al ser recibido el alambre con la medida del dedo de Fleming, en la Comisión organizadora hubo discusiones por ver quién se quedaba con él: un alambre símbolo de la sencillez de uno de los hombres más notables de la Medicina. Un hombre que, como Pasteur, como Klebs, como Cajal, como Koch, más anchos caminos ha abierto a la investigación médica, y que en el campo de la bacteriología ha puesto la piedra angular para el descubrimiento de nuevos antibióticos.

¿Cómo es el doctor Fleming? Unas líneas tomadas de un periódico de Madrid—*A B C*—, donde se publicaba una breve glosa, lo retratan perfectamente: «Es, como dirían nuestros clásicos, hombre esencial, enemigo de apariencias y ceremonias, y el rasgo primero de su carácter, una modestia sin tilde de orgullo. La vocación científica, la perseverancia, la disciplina, la sagacidad, han triunfado, a lo largo de sus sesenta y siete años de edad, sobre toda índole de impedimentos materiales.»

Y estos «impedimentos materiales» no han sido pocos en la vida del doctor Fleming, como lo demuestran algunos rasgos de su biografía. Fleming no es, como fácilmente puede suponerse, hijo de padres ricos que le proporcionarían una vida fácil para poderse dedicar al estudio con toda amplitud. Por el contrario, cuando a los trece años llega a Londres es un pobre muchacho que ha de colo-



El Dr. Fleming, acompañado del Dr. Marañón, en el cigarral Los Dolores, de Toledo

carse en una oscura oficina, alternando este trabajo con sus estudios, llevados con entusiasmo y tenacidad. Así logra hacerse médico y, más tarde, acabar la carrera de Ciencias. Ingresa en el St. Mary's Hospital, en cuyos laboratorios comienza sus trabajos; los que en 1928 culminan con el descubrimiento de la penicilina. Y no por casualidad—como él, humorísticamente, afirma—, sino como consecuencia de sus experiencias diarias. De igual manera podríamos decir que fué casual el descubrimiento de Arquímedes porque fuera en el río, mientras se bañaba, cuando advirtió que los graves perdían de peso al sumergirse. Del resto de su biografía, todos los españoles, como le dijo en su discurso el Rector de la Universidad Central el día de la investidura del doctor Fleming como Doctor «honoris causa», la conocen. Por otra parte, en estas líneas solamente queríamos reflejar el paso de Alexander Fleming por España y el surco fértil que nuestra patria y nuestro pueblo han abierto en el corazón del sabio doctor.

Sevilla, Córdoba y, por último, Madrid, tributaron a Fleming iguales muestras de cariño y adhesión entusiasta que anteriormente Barcelona. España entera, por mediación del Caudillo, le ha concedido la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, máxima recompensa nacional.

JORGE PEDREÑA

